DT 03 385

Saludos, buenas noches. Comenzamos hoy 20 minutos antes de lo habitual, el Informativo Universitario. Como siempre, quien les habla, Edith Checa, les da la bienvenida.

Hoy es 1 de noviembre, día de fiesta, y nuestra programación es especial. Dedicamos los próximos 50 minutos a hablar sobre una poetisa, Ernestina de Champourcin, la gran olvidada de la Generación del 27. ¿Por qué casi nadie sabe que Ernestina de Champourcin formó parte, junto a García Lorca, Alberti o Gerardo Diego, de la generación de poetas más importante? ¿Qué escribe una poetisa de la Generación del 27 a sus 91 años? ¿Qué consejos puede dar a los nuevos poetas, a los poetas que escuchan este programa cada viernes? Si desean introducirse con nosotros en el mundo poético de una mujer tan especial, acompáñennos porque ya empezamos.

Tuve conocimiento de la existencia de Ernestina de Champourcin de forma casual. Cuando oí decir a alguien que era la única representante femenina de la Generación del 27, me quedé tan sorprendida que mi reacción primera fue de escepticismo, y luego de reafirmación de mi propia ignorancia. En la Generación del 27 no hubo mujeres, contesté.

Sin embargo, la seguridad con la que mi interlocutor me confirmaba esa noticia hizo que dudara de mis escasos conocimientos. Una curiosidad casi insoportable me obligó a buscar rápidamente entre los libros de literatura que tenía más a mano para averiguar algo de esta poeta. Efectivamente, en las dos historias de la literatura española que tenía, la de Balbuena y la de Diezborque, encontré breves reseñas sobre Ernestina de Champourcin encuadrada dentro de la Generación del 27, en el apartado de otros poetas.

Junto a Ernestina aparecen dos poetisas menos conocidas todavía, Josefina de la Torre y Concha Méndez. De las tres, tan solo Ernestina de Champourcin y Josefina de la Torre fueron incluidas en la poesía española contemporánea de Gerardo Diego. Y si Josefina de la Torre es menos conocida todavía que Ernestina es porque tan solo escribió cuatro libros y su vida profesional se dirigió hacia otro camino, como fue el teatro.

Ernestina de Champourcin, sin embargo, lleva 70 años dedicada a la creación poética. Tras esta primera incursión en los libros de literatura, respiré un poco más tranquila, por dos razones fundamentales. La primera, porque sí hubo mujeres poetas en la Generación del 27.

Eso me alegró, sinceramente. Y segundo, porque mi ignorancia, y no es una disculpa, venía dada por la escasez de datos que sobre Ernestina, o cualquier otra mujer de esa época, seda en los libros, en los libros y en los medios de comunicación. A los pocos días de enterarme de que Ernestina de Champourcin pertenecía a la Generación del 27, comenzó la Feria del Libro de Madrid y me fui una mañana espléndida cuando aún estaban abriendo las casetas, con el propósito de dejarme llevar por los libros.

Y como por arte de magia, la primera caseta que tuve frente a mí fue Torremozas. Tenían dos

libros de Ernestina en sitio destacado, Antología poética y del vacío y sus dones. Leí los prólogos y en ellos también constaba que era poeta de la Generación del 27.

Compré los libros. Salí del recinto ferial y me senté en la hierba, frente al Lago del Retiro, para, por primera vez en mi vida, leer un poema suyo. En ese momento no se me pasó por la cabeza, no podía imaginar que meses después me sentaría a charlar con Ernestina de Champourcin en su casa.

Y se va marchitando la caja de las rosas. No tiene quien la saque y las lleve al camino. Un airón de perfume se nos quiebra en las manos, mientras algo se muere y nace al mismo tiempo.

Se nos frustró la cita con aquella fragancia de tan pura, invisible, ese ramo de brisa que apenas huele a nada y que agavilla en sí todo el amor del mundo. Hay cosas que no son, pero que siguen siendo gozo, nostalgia, fronda que nunca hemos plantado, hermosura secreta que sólo fue latido. Tras leer este poema de Ernestina de Champourcin, me quedé mirando el lago y me dije qué mujer tiene que ser y tiene que haber sido Ernestina si es capaz de escribir un poema así con 86 años.

Más tarde me enteré que justo por esa primavera, por esta primavera, acababa de publicar a sus 91 años otro libro más, Presencia del pasado. Un airón de perfume me llegó del libro entreabierto y ya no pude parar de leer, tenía que saber más sobre ella. Ernestina de Champourcin nació en Vitoria en 1905, aunque desde muy niña residió en Madrid.

Recibió una esmerada educación en la que destacaron los idiomas. Años después, cuando estalla la guerra y se exilia a México con su marido, el también poeta Juan José Domenchina, esa excelente formación en varios idiomas le servirá para conseguir un lugar destacado como traductora. Ernestina descubrió su vocación poética cuando era muy joven, pero parece ser que no estaba satisfecha con los poemas que escribía en su primera época y los destruyó.

El primer libro que Ernestina publica es En silencio, cuando sólo cuenta con 21 años. A partir de ahí, los libros comienzan a sucederse. Ahora, en 1928, La voz en el viento, 1931, Cántico inútil, 1936.

Con estos cuatro primeros libros, como dice José Ángel Ascunce, en el prólogo de la poesía a través del tiempo, adquiere un renombre sólido y gana un puesto puntero en el panorama poético de la España de preguerra. A medida que me iba informando sobre el trabajo de Ernestina de Champourcin, comprendía cada vez menos el por qué se la reconocía de forma tan vaga en aquella época como miembro de la generación del 27. Pero en realidad no es difícil entender este silencio y este olvido sobre ella.

Lo primero es que hay una serie de poetas, los ocho más conocidos, Lorca, Guillén, Damas o Alonso, Cernuda, Alberti, Salinas, Alexandre y Gerardo Diego, que consiguen deslumbrar con su obra de tal forma que dejan en penumbra la labor de otros poetas no menos importantes, pero que quedan relegados a un segundo plano, como Alto Laguirre, León Felipe, Emilio Prados,

Larrea, Domenchina, Basterra y por supuesto Ernestina de Champourcin. La segunda causa por la que Ernestina queda relegada a ese tercer plano, a ese segundo plano, el de las poetisas, dentro de la generación del 27, es precisamente por ser mujer. La actividad literaria hasta hace muy poco ha sido considerada casi exclusivamente de los hombres.

Ascunce recuerda en las obras completas de Ernestina cómo Gerardo Diego tuvo que soportar presiones de diversas instancias para excluirla de la obra antológica Poesía Española Contemporánea, pero Gerardo Diego no la excluyó, de esa forma la reconoció como miembro de su propia generación. La tercera causa de este silencio y marginación viene dado por la propia poesía de Champourcin, por escribir una poesía muy personal, concretaba las preocupaciones de la vida, las obsesiones del alma y las bellezas del universo. En cuarto lugar podríamos destacar el exilio, 34 años en México, exilio que alejó a Ernestina de la vida literaria de Madrid, aunque no de la vida literaria de los poetas que también se fueron, como Emilio Prados, León Felipe o Luis Cernuda, entre otros.

Por último, como quinta razón de esta marginación y silencio que ha rodeado a Ernestina, destacaríamos la propia actitud de la poeta, que siempre quiso estar, como ella misma diría en la poética que entregó a Gerardo Diego, desdibujada entre los equívocos linderos de la vaguedad y la vagancia. Ernestina de Champourcin tiene 91 años, está muy sorda y prácticamente ciega, pero emana un airón de perfume de mujer joven, le gusta moverse aunque casi no puede, hemos ido a visitarla a su casa aquí en Madrid y se levanta acompañada para recibirnos en la puerta, delgada, muy delgada, después de las primeras palabras la imagino en otra época, hiperactiva y vitalista, llena de esparpajo, risueña, satírica, irónica y tierna, la llevé una rosa a detallo largo, porque en casi todos sus poemas habla de esta flor, cogió la rosa y olió su perfume, le gustan las rosas, le pregunté, si mucho, me contesta, al final de la tarde le pregunté cuál era su flor preferida, me dijo que los nardos, la próxima vez lo tendré más fácil, nunca pensé que me costará tanto entrevistarla, fue difícil porque desde su aparente dulzura de anciana, su voz de timbre de niña, ese aspecto de persona frágil, se escondió un carácter fuerte, muy fuerte, sabe lo que quiere y lo que no quiere, y además me lo dejó muy claro, lo que no quiera contestar, no contestó, me dijo, me senté muy cerca de ella, tenía que hablarle fuerte al oído, comienzo a preguntar, le digo que es la representante femenina de la generación del 27, que así se le ha reconocido en España, en diversos homenajes y con algún premio como el Euskadi de literatura en 1989, y pregunto que por qué no querían reconocerla en su época como miembro del 27, no porque no reconocían mujeres, pero por qué le digo, nunca me han interesado esos problemas, yo tengo vocación para la poesía, lo único que he hecho es cumplir con mi vocación, no he presentado a ningún concurso, no he aspirado a ningún premio, el único premio de poesía que tengo, me lo consiguió un amigo que me acababa de publicar un libro, y en Vitoria, porque yo he nacido en Vitoria, le escribí un libro, ella tiene un editorial de mujeres, y Luz María sí, sin decirme nada, me acababa de publicar un libro, me ha publicado varios, y lo mandó sin decirme nada, y me dieron el premio, es el único premio literario que tengo, no me he querido presentar nunca a nada, porque lo que me interesa es la poesía, nada más. Le pregunto entonces, ¿cómo se relacionaba

con los poetas de la generación del 27? Pues diversas, eran amigos míos casi todos, iba a veces a la tertulia del Café Gilbón, a otras tertulias, y eran amigos míos todos.

¿Había más mujeres poetas en el grupo del 27? Le digo, y se ríe. No, no tantas como ahora. ¿Quiénes eran sus mejores amigos? Amigos todos.

Para Ernestina de Champursín, al igual que para todos los poetas de la generación del 27, Juan Ramón Jiménez fue el maestro, la mayoría de los poetas de esta época intentan lograr la poesía pura. ¿Juan Ramón Jiménez le gustaba mucho? Le pregunto a Ernestina. Bueno, sigue siendo uno de los dos poetas españoles que más me gustan, que son Juan Ramón Jiménez y San Juan de la Cruz.

Ernestina dedicó a Juan Ramón Jiménez varios poemas a lo largo de estos 70 años de actividad literaria. El poema que leemos ahora se titula Aplatero, y pertenece a su libro En silencio. Soñé con un sendero todo triste de lirios, hundido en las arrugas del recio peñascal, un sendero que aroman los efluvios esquivos de la greste perfume quemado en el enar.

Y soñé que el remanso temblaba suavemente al roce cadencioso de un verso que, en mi voz, rimaba con el blando crujir de los tomillos y el rasgado zumbar de un brillante moscón. Los juncos se doblaban ante mi paso lento, enganchando en sus puntas áureas cintas de luz, donde el sol deshacía sus malvas palideces, matizadas de azul. A mi lado, Platero, el dulce borriquillo del pelaje argentado, caricioso y saltón, besaba con tibiezas de amor en el hocico las cálidas corolas del tierno almendro en flor.

Un momento sentí, sobre el papel querido, la mansa aprobación de ese humilde mirar, un soplo de su aliento caldeó mis mejillas, y entre sus grandes ojos huyó la soledad. Burrillo silencioso, callado compañero del doliente poeta, ¿con qué anhelo te llamo en mis largos paseos y añoro tu presencia? A ti te hubiera dicho, en el dormir sereno de aquel atardecer, los cantos que la gracia ingenua del sendero arrancaba a mi fe. Tú hubieras comprendido esa aguda nostalgia y ese afán de cariño que llena mi pasión, al sentir en tu frente de mis labios resecos el contenido ardor.

Tú vendrías siguiendo con tu cascabeleo las quimeras que busco en esta paz de abril, y rumiando quimeras a la sombra del brezo, trotarías soñando sin reírte de mí. Le digo a Ernestina de Champursín que los críticos dicen que ella estuvo muy influida por la poesía de Juan Ramón Jiménez. Una gran sonrisa ilumina su cara.

Es verdad que sí. ¿Conoció usted hace novia a la mujer de Juan Ramón, le digo? Fuimos muy amigos, y después, cuando me fui a México, por mi trabajo en congresos internacionales, fui muy mucho a Estados Unidos, y allí me encontré con Juan Ramón y su novia, otra vez. Ellos se fueron de España en cuanto empezó la guerra, yo me casé y me fui a México, y los vi mucho.

Su novia trabajaba en una universidad, Juan Ramón también a temporadas, y nos veíamos mucho. La periodista Rosa Montero, en su libro titulado Historia de Mujeres, habla de Zenobia,

la mujer de Juan Ramón Jiménez. Y mediante párrafos del diario que Zenobia escribió, podemos apreciar que tuvo épocas en las que sufrió mucho junto a él por sus desequilibrios.

Un diario que salió a la luz hace cinco años, editado y publicado por la profesora Graciela Palau de Nemes. Un libro, apunta Rosa Montero, desolador y terrorífico. Un minucioso e involuntario estudio sobre la patología humana.

Le digo a Ernestina que parece ser que Zenobia y Juan Ramón no eran en realidad la pareja maravillosa y perfecta que durante años se creyó, responde enfadada. Pues dicen una mentira como una carta, porque yo no he conocido un matrimonio más unido y que más ayudaban. ¿Qué dice eso? Es la primera vez que oigo eso en disparate.

No me lo he inventado, le digo. Hay estudios sobre ellos, se han publicado algunos libros sobre este tema. ¡Ay, mamá! Y los escritores escribieron bien a la gana.

Es que dicen que Juan Ramón, le digo, era una persona muy excéntrica, con una personalidad un tanto especial. Juan Ramón tenía sus dificultades como todo el mundo, que es muy sensible, pero se llevaban de maravilla. Yo he vivido con ellos en Estados Unidos y aquí los he visto antes muy a menudo.

Aquí hay una cosa falsa contra Juan Ramón, que yo conozco muy bien. No sé por qué, primero, no se le ha leído a fondo, en absoluto. Juan Ramón ha dejado inédito miles de libros que se están publicando ahora.

Si quieren ustedes una entrevista interesante sobre la labor de Juan Ramón, vean ustedes a este poeta. Otra de mis dificultades es que cuando quiero nombrar a alguien o hablar de alguien, se me olvida. Arturo Villar.

Pues Arturo Villar es un poeta ya mayorcito, soltero, que se ha dedicado a bucear en toda la labor de Juan Ramón. Y es muy amigo del sobrino de Juan Ramón, de su albacea, y sigue publicando muchísimos libros. Casi su propia labor la tiene sujeta a que lo primero que le interese son los inéditos de Juan Ramón.

Decía nuestra poeta Ernestina de Champursín. Me parece bien que la mujer luche por sus derechos, pero he visto que, por lo general, la mujer luchadora se veía obligada a trabajar en su casa, como mujer, y en la calle como hombre. De modo que se mataba para nada y doblemente.

Dice Ascunce que Ernestina, junto a María de Maestu, María Baeza, Concha Méndez, entre otras mujeres inquietas y preocupadas por la cultura, crearon el Liceo Femenino. Ernestina fue secretaria de la institución hasta que se cerró por la Guerra Civil. En este Liceo Femenino organizaban actos culturales y tertulias con grandes intelectuales y artistas.

Doña Ernestina, le digo, usted parece que fue feminista. Estaba siempre defendiendo los derechos de las mujeres, ¿es verdad? No, es una mentira como una raza. Yo, feminista en el

sentido de que creo que la mujer tiene sus derechos y hay que respetarlos, pero no he escrito nada feminista nunca.

Yo no me he dedicado a la poesía y nada más. Ernestina de Champursín se casó con Juan José Domenchina poco después de estallar la guerra. Domenchina, le digo, fue un gran poeta de la Generación del 27.

Un gran poeta del que acaban de publicarse en Madrid las obras completas. ¿Cómo llevaban eso de ser los dos poetas, le pregunto? Muy bien, aunque la voz pública dice que tienen que llevarse mal, pero nosotros nos llevamos muy bien, siendo muy distintos y con una arena política muy diferente. Los árboles contigo, masas de hojas verdes traspasadas de luz, y mi nombre allá lejos, murmurando allá lejos, a la orilla del mar, por voces que no saben qué página de un libro me estalla entre los labios.